

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Miércoles 13 de Diciembre.

El Eco de Cartagena

Fragmentos
históricos de la Marina.

III.

Se contrista el ánimo y se angustia el corazón al recordar los tristes sucesos de que fué víctima nuestra desdichada patria en todo el período onanoso que abrazó este reinado. Estenuadas hasta el extremo, reducidas á la nulidad las fuerzas marítimas, no pudieron resistir al formidable choque de la armada francesa en los mares de Sicilia, y fueron completamente batidas por esta. El bombardeo de Cádiz, Alicante y Barcelona por escuadras de la misma nación, la rebelión de Mesina, el vergonzoso reconocimiento de los derechos en que fundaba la Inglaterra el dominio de sus posesiones de América, los desventajosos tratados de comercio, ó mejor dicho, las ruinosas concesiones hechas en el particular á la Holanda, la Francia, la Gran Bretaña, y ciudades Anatólicas; y para colmo de las calamidades, para que la situación fuese más crítica y horrorosa, el encarpizado pillaje, los asesinatos feroces, la sangrienta devastación que ejercían los Filibusteros en Portoyaló, Panamá, Venezuela, Campeche, Veracruz, isla de Cuba y todas las demás colonias españolas de las Indias Occidentales, fueron los brillantes ornamentos de esta monarquía y el patrimonio funesto que legó á la historia.

La muerte de Carlos II, último vástago de la dinastía austriaca, que había reinado en España cerca de dos siglos, produjo el adelantamiento de los Borbones al trono de Castilla, principiando el reinado de estos por Felipe V, titulado el Animoso. Aciagos y turbulentos fueron los trece primeros años de la gobernación de este príncipe; pues dispu-

tándole la corona el archiduque Carlos de Austria, se vió precisado á sostenerle una obstinada guerra de sucesión que dejó exhausto y asolado al país. Inundado este de tropas extranjeras de las diversas naciones que tomaron partido por uno y otro contendor, fué el sangriento teatro de las violencias, de las rapiñas y de la devastación más inhumana. La importante plaza de Gibraltar fué tomada por los ingleses, incluían estos en Vigo una riquísima flota venida de América, y el arsenal de Cartagena y sus galeras le fueron entregadas por el marqués de Santa Cruz. Orán cayó en poder de los berberiscos, y Sicilia, Cerdeña, y el reino de Nápoles en el de los aliados. Las provincias de Andalucía, el Aragon, Cataluña, Valencia y las Islas Baleares se sublevaron, y todo el ámbito de la Península era una vorágine espantosa que amenazaba absorber su porvenir y existencia; pero habiéndose negociado la paz en el tratado de Utrecht, pudo Felipe V, dedicar sus cuidados al fomento de la Marina. El cardenal Julio Alberoni, á quien este monarca había nombrado su primer ministro, secundó dignamente sus deseos, y ayudado del infatigable D. José Patiño, intendente entonces de marina, logró en poco tiempo reunir una armada de doce navios y cien transportes, que saliendo de Barcelona en el mes de Julio del 1717, llegó á Cerdeña, conquistó la isla, y regresó al puerto de su salida en noviembre del mismo año. Reforzada la escuadra á principios del siguiente con diez navios mas, con otros buques menores de guerra y con trescientos cuarenta transportes que el genio fecundo de Alberoni supo improvisar sin gravamen de los pueblos, dirigió toda esta fuerza contra Sicilia, y en menos de un mes se apoderó de todos los puertos y ciudades de la isla, á escepcion de Palermo y Mesina. La Europa toda miró con asombro y sorpresa estos portentosos hechos porque después de un siglo de opstracción y abatimiento, no pudo prescindir sin temor, que se despertaban

los antiguos bríos de la nación española, que abría los ojos el león dormido.

La salida del cardenal Alberoni del ministerio fué un acontecimiento infausto para la armada española; pero como pocos años después ocupó el de marina D. José Patiño, pudo suplirse la falta de aquel con el celo, actividad y eficacia de este, que preparándose para una guerra que las circunstancias hacían posible, tenía reunidos en 1728 una escuadra de 25 navios de línea y otros buques menores en Barcelona, y otra de 12 navios y varias fragatas en Alidanta, que fué destinada y practicó bizarramente la conquista de Orán. Con las sabias indicaciones de sus leales y entendidos ministros, y sus naturales tendencias al fomento y procreación de la marina, pudo el prudente Felipe V dictar algunas medidas provechosas que preparasen el ulterior desarrollo del ramo. Creció, con efecto, en su reinado, la academia de guardias marinas de Cádiz, y aunque después se ha sustituido ese establecimiento por otro más útil y de mejores resultados, preciso es confesar que se ha hecho digno de los más gratos recuerdos de la posteridad el monarca solícito y emprendedor que, en medio de las tribulaciones y dificultades que le rodearon, hizo que tremolase el pabellón nacional sobre 60 navios de guerra.

Llamado Fernando VI á empuñar el cetro de Castilla por la defunción de Felipe V, la acertada elección que suplenir del marqués de la Ensenada para confiarle la dirección de los negocios del Estado, dió todavía un impulso más vigoroso al nacimiento incrementó de nuestra marina, al movimiento ensayador que había recibido en el reinado antecedente. Verdad es que, prefiriéndose en este último las delicias de la paz, á los penosos azares de la guerra, no se intentaron conquistas, expediciones, ni armamentos marciales de que poder envaldecernos; pero verdades asimismo, que en esa tranquila y memorable época se hicieron los arsenales de Cartagena y

Ferrol; se fundó el observatorio astronómico de marina en Cádiz; se formaron las ordenanzas generales de la armada de 1748, la de matrículas de 1751, y se estimularon de tal modo las construcciones navales, que llegamos á reunir una de las escuadras más poderosas de aquel tiempo.

Pero cuando se elevaron estas á la mayor de las alturas, cuando escalaron la cumbre de la más gigantesca prosperidad; y en un punto siquiera parecía presumible que podría lucir un día en que las viera desmoronarse, ó que caían derribadas de su brillante apogeo, fué en el glorioso reinado de Carlos III, de loable y eterna recordación. Multiplicáronse entonces de una manera sorprendente las construcciones navales; pobláronse de obreros todos los arsenales y astilleros del reino; ensancháronse prodigiosamente nuestras relaciones mercantiles; y llegamos á reunir una de las marinerías más diestras y numerosas. En este reinado, y por los años de 1780, en las campañas del canal de Inglaterra, se empezaron á usar en nuestros buques los barómetros marinos que aun no tenían los franceses; pero el fallecimiento de un príncipe ilustrado, y la fatídica inauguración del siglo XIX, período de turbulencias y desastres para España, fueron los dos acontecimientos esterminadores que consumieron y aniquilaron su potente armada hasta dejarla reducida á la nulidad.

Ocupaba Carlos IV el trono de San Fernando hacía los últimos del siglo XVIII, cuando la escuadra española atacada por la inglesa al mando del almirante Jervis, cerca del cabo de San Vicente, sufrió uno de esos grandes y ominosos descalabros que no pueden subsanarse sino á vuelta de mucho tiempo, de constantes esfuerzos y crecidos desembolsos. Por la misma época, casi simultáneamente, el general don Sebastian Apodaca se vió precisado á incendiar en las Antillas otras de nuestras escuadras, para impedir que cayese en poder de esos propios enemigos; pero estas repetidas desgracias, estos infaustos reveses, no